

## 1. COMENZANDO POR JERUSALÉN (LUCAS 24,47)

El evangelio de san Lucas y el libro de los Hechos de los Apóstoles destacan el papel central de Jerusalén como punto de partida para la difusión del cristianismo. El evangelio de Lucas comienza y concluye en Jerusalén, en el Templo.

Llama la atención que Galilea, región privilegiada por el origen de Jesús y de los primeros apóstoles, como también por la actividad docente y sanante de Jesús sea prácticamente descartada en favor de Jerusalén, capital de Judea. Se ha querido relacionar una supuesta comunidad galilea con la fuente Q: los discípulos galileos habrían conservado la memoria de Jesús Maestro y Sanador, sin dar tanta importancia a la fase de la muerte y resurrección. Estos cristianos galileos serían también responsables de la creación de la comunidad cristiana en Damasco. La proximidad geográfica lo hace posible, pero no hay prueba alguna. Hay varios puntos que sería útil aclarar: ¿por qué Lucas, que mantiene a los apóstoles en Jerusalén en lugar de enviarlos a Galilea (Mateo 28,7.10; Marcos 14,28), en el relato de la Ascensión da a los apóstoles el apelativo de “galileos”, ἄνδρες Γαλιλαῖοι (Hechos 1,11)?

El grupo de Damasco que acoge a Pablo, después de la visión en el camino, como también el grupo de Doce discípulos de Juan a los que Pablo comunica el Espíritu de Jesús en Éfeso (Hechos 19,1-7) son indicios de que el movimiento de Jesús no estuvo tan centrado en Jerusalén como da a entender el relato del libro de los Hechos.

Pentecostés es presentado como el acontecimiento que sirve de puente entre la actividad terrena de Jesús y la misión de la Iglesia. Como en otros relatos compuestos por Lucas (infancia de Jesús, Ascensión), Pentecostés se ha adornado con elementos de la tradición judía en torno al Sinaí y al don de la torá.

Intentando descubrir la realidad detrás de los datos que han elaborado los evangelistas, los orígenes de Jesús pueden presentarse así:

En torno a los años 7-6 a.C. un judío llamado *Yeshúa*, forma abreviada del hebreo *Yehoshua* (Josué), nació en la aldea de Nazaret, en Galilea Inferior. El nacimiento en Belén es quizá una dramatización cristiana posterior de la creencia en el carácter mesiánico de Jesús como descendiente del rey David. Su madre era Miryam o Miriam; su padre se creía que era Yosef (José). Los evangelios han conservado también los nombres de sus hermanos: “Santiago, José, Judas y Simón” (Marcos 6,3; “Simón y Judas”: Mateo 13,55). Marcos y Mateo se refieren también a “las hermanas”, pero callan los nombres, cediendo a la cultura patriarcal de la época.

Así lo presenta J.P.Meier, *A Marginal Jew*. III (Doubleday, New York 2001) p.615s.

Las condiciones de Galilea favorecían el renacer de la religión judía a partir de la conquista asmonea de las regiones del Norte (finales del siglo II y primeros años del siglo I

a.C.). Era un judaísmo de prácticas, que se expresaba en la circuncisión, en la observancia de las normas dietéticas y las leyes de pureza legal, en la peregrinación a Jerusalén con ocasión de las fiestas principales. Era un judaísmo popular, que se diferenciaba del judaísmo dominante en Judea y Jerusalén, más influido por la cultura helenista. Es probable que la mayor apertura o tolerancia que demuestra el evangelio en relación con las normas de la pureza legal tenga su origen en una comprensión menos rebuscada que las prescripciones con las que flirteaban las escuelas legales de Jerusalén. En este sentido el judaísmo vivido en Galilea, en el que creció y se movió Jesús, puede ser definido como “marginal” respecto de la línea oficial de los grupos dominantes en Jerusalén, saduceos, fariseos y hasta esenios. Se explica así que la autoridad religiosa de Jerusalén se pusiera de acuerdo con la autoridad política de Roma para marginalizarlo aún más.

La imagen de una población galilea levantisca siempre dispuesta a alzarse contra el poder militar de Roma es algo exagerada. Durante el reinado de Herodes el Grande (37 a 4 a.C.) y el de su hijo Antipas (4 a.C. a 37 d.C.) Galilea gozó de un estatuto de autonomía que le permitía organizar su vida política, acuñar su moneda e incluso mantener un ejército propio. No hubo tropas romanas en Galilea durante la vida de Jesús. A pesar del escándalo de su divorcio y del concubinato con Herodías, mujer de su hermanastro, Antipas mantuvo las formas de un judío observante. Prueba es que la población judía de Galilea no se rebeló contra él. Quienes tuvieron que sufrir varias revueltas fueron las tropas romanas y sirias dominantes en Jerusalén.

Roma se hizo presente en Judea desde el año 6 p.C. (destitución de Arquelao) hasta el 41 como provincia procuratorial, con la capital en Cesarea. Del 41 al 44 ejerció Agripa I como rey de Judea, gracias a su amistad con la familia imperial en Roma. Del 44 al 66, comienzo de la sublevación judía, volvió a imponerse el poder romano. Los procuradores ejercieron su autoridad con bastante tolerancia. Las tropas a las órdenes de los oficiales romanos eran frecuentemente reclutadas entre la población local, pero no judía, ya que los judíos habían sido exentos del servicio militar desde los tiempos de César.

La autoridad religiosa correspondía al sumo sacerdote y a las familias a las que por turno correspondía presentar al candidato para el supremo sacerdocio. En tiempos de Jesús el poder estaba en manos de la casa de Anás, el cual otorgó el puesto a su yerno Caifás desde el año 18 al 37. En los primeros años de la comunidad cristiana en Jerusalén, la familia del sumo sacerdote, los sumos sacerdotes o el sumo sacerdote con su séquito intervienen en la confrontación con los seguidores de Jesús (Hechos 4-5). La mayoría del grupo sacerdotal pertenecía a la corriente saducea. En el consejo – que algunos denominan “sanedrín” – estaban presentes los otros grupos, en particular los fariseos, del que formaba parte Gamaliel, nieto del célebre Hillel (Hechos 5,34-39).

El grupo sacerdotal basaba su poder en el control del Templo de Jerusalén. La capital de Judea puede considerarse con razón un templo-estado. No sólo por la importancia estratégica del Templo edificado sobre la gran plataforma que dominaba toda la ciudad, sino sobre todo porque el Templo era la fuente principal de ingresos y actuaba como banco para los locales y para los numerosos peregrinos y visitantes. Se calcula la población de la ciudad en torno a los 30.000 habitantes; otros la elevan hasta 60.000; Flavio Josefo llega hasta 120.000. En ocasión de las fiestas principales podía reunirse en la ciudad hasta medio millón de personas.

En este ambiente comenzó a moverse el grupo cristiano, que contaba con 3.000 convertidos (Hechos 2,41) y pronto 5.000 creyentes (Hechos 4,4). Aunque estas cifras haya que tomarlas con reserva, parece demostrado que el grupo cristiano creció muy rápidamente. Quizá el grupo más numeroso provenía de Galilea; algunos pertenecían a la secta farisea (Hechos 15,5). Se menciona también un grupo notable de sacerdotes (Hechos 6,7). No faltan las mujeres, comenzando por María, la madre de Jesús (Hechos 1,14). Se alude a “gran número de discípulos, tanto hombres como mujeres” (Hechos 5,14); a las “viudas helenistas” (Hechos 6,1). Por su nombre conocemos a Safira, esposa de Ananías (Hechos 5,1-10), a Tabita o Dorcas, “Gacela” (Hechos 9,36-41), a María, madre de Juan Marcos (Hechos 12,12), a Rosa (Hechos 12,13).

Para la subsistencia el grupo cristiano contaba con diversas casas de amigos, como la de Marta, María y Lázaro en Betania; la del dueño de la sala para el última Cena. Se supone que Simón el Cireneo era propietario de la granja en el campo fuera de la ciudad (Marcos 15,21); también Ananías y Safira tenían una propiedad que vendieron; Nasón de Chipre tenía una casa en las afueras de Jerusalén, donde se albergó Pablo antes de establecerse en la casa de Santiago (Hechos 21,16-18). En estos lugares celebraban los primeros cristianos sus reuniones.

Característica de la comunidad cristiana de Jerusalén fue la comunidad de bienes que san Lucas describe con entusiasmo, como demostración de generosidad a ultranza (Hechos 2,32 – 45). Que las cosas no corrieron tan lisamente lo tiene que reconocer al justificar la institución de los diáconos “para ocuparse del servicio de las mesas” (Hechos 6,2). El ideal de una comunidad de bienes era conocido también en la comunidad de Qumran y en otras comunidades esenias esparcidas por el territorio judeo. Filón menciona un grupo de monjes judíos, “los terapeutas”, en la región de Alejandría de Egipto, que ponían todas sus propiedades a disposición de la comunidad o de la secta.

La comunidad cristiana se organizó en torno a los Doce, en particular Pedro, cuya biografía ocupa la primera parte del libro de los Hechos. Juan es mencionado hasta 6 veces por su nombre, pero en segundo lugar como compañero de Pedro. A partir de Hechos 8,14, ya no vuelve a ser nombrado. De su hermano Santiago, que aparece en la lista inicial de los

Doce (Hechos 1,13), solamente se recuerda su martirio por orden de Herodes Agripa (Hechos 12,2). Lucas, que da tanto relieve a la predicación y al martirio de Esteban, despacha en una sola frase, que parece la sentencia escueta de la ejecución, a uno de los preferidos de Jesús (ἀνεῖλεν δὲ Ἰάκωβον τὸν ἀδελφὸν Ἰωάννου μαχαίρη, Hechos 12,2). Este silencio del libro de los Hechos sobre el “apóstol amigo del Señor”, que luego habría de recibir tanta atención en la devoción cristiana resulta difícil de explicar.

Suerte idéntica le correspondió al otro Santiago, “hermano mayor del Señor”. Fue una de las columnas o jefes de la comunidad con las que tuvo que entrevistarse Pablo en su visita a Jerusalén (Gálatas 1,19). La importancia de Santiago queda bien de manifiesto por el incidente de Antioquía: “cuando llegaron algunos de parte de Santiago” Pedro tuvo miedo a los de la circuncisión (Gálatas 2,12).

Santiago fue uno de los privilegiados con la aparición personal del Resucitado (1 Corintios 15,7) y para algunos fue el encargado de llevar adelante el legado de Jesús, tal como es hoy todavía normal en el Oriente Próximo donde la sucesión no va del padre al hijo, sino de hermano a hermano. Cuando en el año 42 Pedro se va de Jerusalén, es verosímil que la comunidad queda bajo la dirección de Santiago, uno de las tres columnas de la Iglesia–Madre (Gálatas 2,9).

Aunque profundamente judío, ligado al Templo de Jerusalén, Santiago, jefe del grupo judeo-cristiano, fue valiente para dar su aprobación a la misión de Pablo entre los no judíos a los que se decidió liberar de las normas alimenticias del judaísmo (Hechos 15,13-21). En el *Evangelio de Tomás*, apócrifo encontrado en Nag Hammadi, dicho 12 se lee: “Los discípulos dijeron a Jesús: «Sabemos que nos dejarás. ¿Quién nos guiará?» Jesús les dijo: «Dondequiera que os encontréis, id a Santiago, el Justo. Por él han surgido el cielo y la tierra»”.

Según el historiador Hegesipo, Santiago vivió como nazareo, al estilo de Juan Bautista, el primo de Jesús: renunció a beber vino y a otras ventajas de la civilización, no se cortó el pelo y pasó toda su vida entregado a la oración en las proximidades del Templo de Jerusalén, donde acudía la gente para solicitar su intercesión. Se contaba que sus rodillas tenían callosidades como las de los asnos. Aunque exteriormente podía pasar como judío, fiel a la observancia de la Ley, fue acusado de favorecer los contactos entre los judeocristianos y los cristianos convertidos del paganismo. Murió mártir, condenado como responsable de la actitud tolerante que había prevalecido en la asamblea de Jerusalén. Santiago, al que se le atribuye la carta que el Nuevo Testamento recogió bajo su nombre, es el jefe de uno de los grupos que determinaron el futuro del cristianismo: Santiago y el judeocristianismo como legado familiar de Jesús, el grupo institucional en torno a Pedro, el grupo de cristianos llegados de la gentilidad en torno a Pablo.